

De los Mayamis para el mundo

Fiebre tropical

JULI DELGADO LOPERA

Planeta, Bogotá, 2021, 298 pp.

LA VIRTUD más notable de *Fiebre tropical* es prosística. Francisca, adolescente perpleja y confundida, es una divertida narradora. Desde el momento en que deja Bogotá y se traslada a Miami hay sonrisas.

Cada viaje se sentía tan doloroso porque a Mami no le gustaba (y todavía no le gusta) el cambio. Le gusta quedarse quieta y, si es posible, muy quieta, para que nada se mueva. Todo lo nuevo la mete a un roller coaster de ansiedad que ella, por supuesto, niega y esconde muy bien. Está obsesionada con las rutinas y los sistemas, con las listas y con tachar las cosas con un esfero rojo cuando las completa. El día que salimos de Bogotá, el estrés casi se la come: una erupción de pequeñas ronchas le salió por toda la espalda y no dejó de rascarse hasta que la señorita flight attendant dijo: Welcome to Miami. (p.18)

Todo en ella es hilarante y ameno; el spanglish que acompaña las 298 páginas del libro es afinado y sonoro, aunque no todo lo que les acontece a sus familiares es así. Su madre es adepta a una religión que bautiza niños muertos y está obsesionada con retomar el estatus social que un día rozó a Tata –abuela de la protagonista–, una alcohólica cuya única pasión consiste en no perderse shows televisivos, y pasar sus ratos libres con un alcohólico cubano. A ambas las persigue la sombra de un pasado que parecía prominente antes de irse de su ciudad natal: Cartagena.

Desde luego, también están los tragicómicos dramas de Francisca: los amigos de la capital colombiana que ya no le escriben por el chat, su amistad con el *loser* argentino Pablito, su junta con los chicos del vecindario –cubanos, venezolanos, en suma: latinoamericanos–; el cambio de indumentaria que le toca efectuar, pues para los miembros de la congregación los estampados de sus camisetas esconden ritos satánicos. Y principalmente están sus decepciones

amorosas: Carmen, la hija de la líder de la iglesia a la que Mami la obliga a ir, y Wilson, con quien sale por curiosidad más que por atracción –casi por complacer a su madre–. Con este último hay intentos por conocer el sexo, pero la torpeza y la doble moral del muchacho impiden la armonía en la experimentación que la protagonista busca saciar.

Juli Delgado Lopera encuentra una expresión de agrado a lo solemne y a lo trágico. Incluso aquello que para algunos es crudo y simbólico es resuelto de manera fresca:

Algunos de nuestros vecinos habían decorado sus escaleras de entrada con plantas falsas y sus ventanas con banderas venezolanas, dominicanas, colombianas, argentinas y cubanas, en un esfuerzo por expresar su profundo patriotismo por un país que habían dejado porque eran una partida de maricas que fueron incapaces de quedarse cuando la cosa se puso dura, o al menos eso decía Roberto. (p. 104)

Fiebre tropical es una novela sobre la inmigración: es un desparpajado retrato sobre los tropiezos del *american dream* desde la mirada de una adolescente que odia al mundo y a su espejo, o sea a sí misma. Es, además, una novela sobre la frustración: la que los viajeros latinoamericanos pretenden abandonar. Y para colmo de males las frustraciones que surgen en el intento por desterrar un pasado.

Hasta aquí bien. La prosa, hay que reiterarlo, recuerda el color, la amenidad y la crudeza de las crónicas de Lemebel. Esto desde un prisma propio, que logra un mestizaje entre acentos regionales y modismos callejeros. Se siente el buen oído, es decir: la sensibilidad del escritor. El cuidado del lenguaje es esmerado.

El inconveniente de la novela de Juli Delgado es que, tan pronto el lector se familiariza con el tono –con el color de su fluidez expresiva–, se agota su lectura. La historia se comienza a apretar desde el momento en que sabemos que Francisca está desesperada con su entorno, que odia la humedad de la ciudad gringa, y está enamorada de Carmen.

Eres una pésima partner de evangelización, pela'a, dijo después de la primera semana. Te quejas del

calor todo el día, no sonríes... And what's this? Sacó el libro de Plath de mi mochila. ¿Qué es esto, Francisca? Paró el carro frente al andén. Me miró. Esta poesía deprimente y maníaca solo te aleja de Jesucristo, Francisca. ¿Qué vamo' hace' contigo? (p. 116)

Ella misma parecería que lo intuye, ella sabe que su historia aburre, y por eso, de un momento a otro –y sin mayor coherencia estructural–, propone giros narrativos que se remontan a la infancia de Mami y Tata. Esto *per se* no es garantía de nada. En literatura, se sabe, fulgura el tratamiento. No hay temas buenos, mediocres o malos, sino narradores buenos, mediocres o malos.

Francisca es una jovial prosista, aun cuando se ve ante los aprietos de una estructura poco elaborada. Forma que carece de la pulcritud de una danza expresiva, y que sin duda contrasta. Por ello, las historias que no le pertenecen carecen de ingenio estilístico. La narradora supone que los lectores sospechamos que a lo mejor su Mami le contó esto o aquello, o que de pronto la Tata lo dijo en una de sus borracheras. O cierra diciendo que alguna de ellas le contó, o ella preguntó, o quizá simplemente lo sabe. O con un chiste.

La mueca hilarante se ve afectada por no permitirse otra clase de respiro en la fisonomía textual, como cuando Francisca se imagina con su enamorada en el famoso *reality show*:

Si alguna vez fuera a *Caso cerrado*, yo sería la chica con el vestido morado ceñido, aunque en lugar de vestido me pondría unos jeans negros ajustados y una camiseta enorme. La Doctora Polo se burlaría de mí, ¿Por qué llevas puesta esa camiseta tan estúpida? Yo intentaría explicar el traslado a Miami, contar todos los detalles de la Iglesia Cristiana Jesucristo Redentor, explicar mi nueva devoción por Jesús, pero ella no haría sino voltear los ojos. El público siempre se ríe y la Doctora Polo señala con sus largas uñas mientras abre los ojos. *No puedo con esto. Definitivamente esto es un chiste, señora.* Luego presenta a la persona que me demanda. (p. 250)

Escenas como esta demuestran lo importante que es el ocio para incentivar la

imaginación juvenil, pero como lectores sentimos que es relleno.

Es difícil suponer por qué la escritora no decidió concretar más rápido. Habría evitado algunos ruidos y pasajes que estorban un argumento esclarecido antes de su cierre. Y que sin duda es atractivo.

Bueno, hay que tener en cuenta que es una primera novela. Y la literatura, como decía Valéry sobre la estética, es goce. La alegría con que se deslizan las palabras sobre las oraciones de *Fiebre tropical* supera sus baches. Es poco probable que alguien abra este libro y no le agrade. Y desdibuje, una vez más, ese idilio tan colombiano de vivir en los “Mayamis”.

Jair Villano